

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 412

Alicante 26 de Octubre de 1878.

Año IX.

DISCURSO DE SU SANTIDAD

á los peregrinos españoles.

Bendito sea el Señor, que nos consuela en medio de nuestras tribulaciones y amarguras. *Benedictus Deus, qui consolatur nos in omni tribulatione Nostra.*

Vuestra presencia, hijos muy amados, que, despreciando toda clase de peligros y penalidades consiguientes á un largo y fatigoso viaje, habeis venido á venerar el Sepulcro de los Santos Apóstoles y consignar una vez más vuestra adhesión al Vicario de Jesucristo: vuestras palabras, inflamadas de afecto é impregnadas de veneración, y el tributo de vuestra piedad filial conmueven profundamente Nuestro corazón y le llenan del más dulce consuelo, que es tanto mayor, cuanto estamos ciertos de que sale de un pueblo lleno de fé, de una nación noble y generosa, en cuyas tradiciones y gloriosa historia presenta esculpidas tantas y tan profundas huellas de su inviolable adhesión á la Religión católica.

Espanoles: vuestros reyes, que

siempre se gloriaron del título de Reyes Católicos; vuestros Obispos (algunos de los cuales vemos presentes, con gran satisfacción), que, muy adictos á la Sede Apostólica, y celosos de sus prerogativas, se distinguieron tanto en todos tiempos por su virtud y doctrina, y especialmente la numerosa pléyade de Santos que florecieron siempre entre vosotros, hablan muy alto de la piedad y religion del pueblo español: muchas de las órdenes religiosas (como decia poco há el Sr. Obispo), que, con los poderosísimos medios que posee la Iglesia, y con las obras de la caridad más acendrada en que se inspiraron, tanto han contribuido dentro y fuera de España al verdadero bienestar de la sociedad cristiana y civil, deben á vuestra patria sus gloriosos fundadores.

Y ahora Nos ofrece una nueva prueba de la piedad tradicional de los españoles esta numerosa peregrinación, que con gran acierto habeis puesto bajo la protección de Santa Teresa de Jesus, intitulándola *Romería de Santa Teresa*. Esta mujer insigne, compatriota vuestra, llamada con razon Serafin del Carmelo, dotada de nobles y generosos

sentimientos, y distinguida por su clarísima inteligencia, supo concebir, para mayor gloria de Dios, los más vastos proyectos y traducirlos en obras maravillosas, con singular firmeza de carácter y con ánimo esforzado, á pesar de las gravísimas dificultades y de la guerra mas encarnizada que le declararon sus enemigos.

Hoy tambien está empeñada la lucha entre la verdad y el error, entre el bien y el mal; lucha que en nuestros dias parece ser más fiera que nunca, merced á los artificios y poderosos medios con que cuentan los adversarios conjurados contra Jesucristo y su Iglesia, desconociendo así su origen sobrenatural y su mision divina en beneficio de la humanidad.

No conviene, sin embargo, hijos carísimos, desmayar ante las contrariedades que se os presenten, ni en vista de las fatigas que hayais de soportar; sino más bien, estimulados con el ejemplo de vuestra santa Heroína, inflamados con el fuego de la caridad y fortalecidos con la esperanza de los auxilios divinos, pelead como valientes, y sobre todo manteneos inquebrantables en la profesion pública y franca de aquella fé que vive y obra á impulso de la caridad, que ha triunfado siempre del mundo, y ha sido constantemente la joya más hermosa y la bandera más noble de la España.

Vuestros padres, con su nunca desmentida firmeza en la fé católica, han inutilizado, aun en época no muy

remota, los esfuerzos de la herejía, que intentaba introducirse y propagarse en vuestras provincias. No abrigamos la menor duda de que vosotros, separándoos, segun el consejo del Apóstol, de toda innovacion profana, os mostrareis hijos dignos de vuestros mayores.

Esta unidad de fé y de religion contribuirá tambien en gran manera á vuestro bienestar y prosperidad temporal, estrechando maravillosamente los corazones, proporcionando á las familias la paz y la concordia, y promoviendo el verdadero bien y la gloria de la nacion entera.

Contentaos, hijos muy amados, con estas breves palabras, que ha puesto en Nuestros lábios Nuestra solicitud paternal por el aumento y conservacion de la fé católica en vuestro reino, y que os sean prenda del vivo interés y del ardiente amor que profesamos á la España, sobre la cual, con todo el corazon, imploremos del Dador de todo bien la abundancia de gracias celestiales.

Recibid mientras tanto, mis amados hijos, la Bendicion apostólica, que de lo íntimo del alma os damos á vosotros, y á vuestras familias, y á toda la nacion española.

DISCURSO

del Ilmo. Sr. D. Honorio Maria Onaindia, obispo de Huesca y Barbastro, en la recepcion por Su Santidad de los peregrinos españoles.

Beatísimo Padre:

Las venerandas palabras con que Vuestra Santidad ha anunciado al mundo que el poder espiritual, que le ha sido confiado por Nuestro Señor Jesucristo en bien de la Iglesia y de la misma humana sociedad, está hoy tan cohibido que hace difícilísimo el gobierno de esta Iglesia santa, han conmovido profundamente y llenado de angustia nuestro corazón.

Hijos de España, de esta nacion siempre devotísima de la Santa Sede Romana, que le ha dado tantos y tan ilustres defensores, y que tiene la dicha de contar entre sus Santos á Sto. Domingo de Guzman, San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesus, no podemos permanecer indiferentes ante las amarguras de Vuestra Santidad, mayores aún, segun nos ha dicho, que las que otros hijos desnaturalizados hicieron sufrir á vuestro bondadoso y santo Predecesor.

Los católicos españoles acatan y adoran los inescrutables designios de la divina Providencia en la permission de los males gravísimos, que desde hace muchos años viene padeciendo la Iglesia de Dios y sus Venerables Jerarcas. Pero no pueden me-

nos de admirar y de lamentarse tambien de la ceguedad inconcebible de los gobiernos que han tenido desamparada á la Santa Sede Apostólica en medio de tantas y tan horribles tribulaciones, y de que no hayan comprendido que, apoyando de esta manera tan patentes y en su consecuencia tan escandalosos atropellos, comprometian la existencia de todos los Tronos, y aún la de la misma sociedad civil, supuesto que, consintiendo ó tolerando el desconocimiento de los inconcusos y sagrados derechos de la Santa Sede Romana, dejaban sin base en que pudieran descansar todos los demas.

Afortunadamente para nosotros, nuestra pena se ha templado en gran manera al postrarnos ante el sepulcro del primer Papa, el Apóstol San Pedro, y al considerar despues que la Silla fundada por él, y en la cual se han sentado sin moral interrupcion todos sus sucesores, se halla hoy ocupada por un Pontífice celoso y sapientísimo, que hace lucir á nuestra vista los primeros rayos de las más consoladoras esperanzas.

Lo pasado y lo presente, Santísimo Padre, nos infunde una firme confianza en un porvenir más dichoso; y en verdad que toda la historia de la Iglesia, en el largo período de diez y nueve siglos, nos asegura de su inmortalidad. Siempre perseguida y siempre victoriosa, los dias de sus más grandes tribulaciones han sido siempre el preludio de sus más insignes victorias.

Han desaparecido los imperios, se

han hundido las dinastías, y por cierto que son sin cifra los tronos que en nuestros mismos días hemos visto caer. Las mismas herejías, que cada siglo ha visto nacer, han desaparecido igualmente, sin dejar otro vestigio que las ruinas y males que han ocasionado. Ninguna institución humana ha podido resistir á la acción destructora del tiempo; sólo la Iglesia Romana es la que ha visto estrellarse al pié de sussagrados muros, tanto los embates de la persecución más horrible como las furiosas olas de todas las herejías, de todos los errores y de todas las concupiscencias.

Prueba irrecusable de que verdaderamente está establecida por el mismo Dios, que la ha prometido su perpétua asistencia para que nunca puedan prevalecer contra ella las puertas del infierno. Por eso la Iglesia Santa puede hoy repetir, como en los días de sus más grandes dolores, las hermosas palabras de David: «Muchas veces me han combatido desde los días de mi juventud; pero nunca han podido derribarme.» Así esperamos que sucederá ahora en estos días de tanto descreimiento y de general apostasía, y de tan cruelísimas persecuciones, porque contamos con la infinita misericordia de nuestro buen Dios, que no ha de abandonar á su Vicario en la tierra, y también con las virtudes, celo y prudencia de Vuestra Santidad.

Este es nuestro convencimiento, Santísimo Padre,—como lo es el de todos los católicos del mundo—al

tener hoy el honor y la dicha inefable de postrarnos á los pies de Vuestra Santidad. Esta es la significación de la presente romería española, que con indecible gozo de mi alma presento á Vuestra Beatitud, como un testimonio irrecusable y elocuente de fé, de inefable amor, de obediencia incondicional y de adhesión sin límites. Esta es la significación del movimiento católico que se observa en todas las naciones, y que tiende á librarlas de esa atmósfera envenenada y fría que envuelve á todo el mundo, secando en los corazones la sávia de la religión y de la verdad.

Por eso estos peregrinos, representantes de la mayor parte de las provincias de nuestra pátria querida, que sin temor á ninguna clase de peligros han surcado los mares y se han resignado á permanecer por tres días encerrados en un buque, en virtud de una medida enteramente inesperada, vienen hoy á saludar á su amantísimo Padre, y demostrar que el augusto Cautivo del Vaticano es el Jefe del Catolicismo y reina en el corazón de sus súbditos, ante el cual, pública y solemnemente, y sin temor de nada ni de nadie, protestan de su obediencia y de su amor.

Dígnese Vuestra Santidad, Beatísimo Padre, acoger benignamente esta sincera y cordial manifestación de nuestro sentimiento, y concedernos su apostólica bendición, que humildemente imploramos postrados á los pies de Vuestra Santidad.

LO QUE MAS INFLUYE EN LAS COSTUMBRES.

I.

Entre los innumerables errores que corren por el campo revolucionario no es el menor, ciertamente, el que se refiere á la separacion completa de la Religion y la sociedad, con el pretexto de que aquella debe encerrarse en el santuario y no traspasar jamás los santos umbrales del templo.

Este error supone un desconocimiento absoluto de la Religion y de la sociedad. Cerca de seis mil años lleva el mundo de existencia, y en ese larguísimo espacio de tiempo no se ha dado un solo pueblo sin religion, esto es, sin una doctrina, falsa ó verdadera, que prescribiese la forma de las relaciones interiores y exteriores del hombre con Dios. Con este hecho evidente y universal ha coincidido otro no ménos universal y no ménos evidente, á saber: que esa doctrina religiosa, verdadera ó falsa, ha informado todas las instituciones del pais, ha determinado sus costumbres y dibujado su carácter.

¿Se quiere estudiar á un pueblo? Pues estúdiense su religion. En la mitología de Grecia y Roma vereis perfectamente explicadas la pasion artística de aquel pais y la política de éste. El sonambulismo de la India no tiene otro origen que el brhmanismo. El quietismo de la China, sobre la cual parece que el tiempo pasa como el agua sobre una superficie de goma, no reconoce más causa que la doctrina de Confucio. El afan de conquista y

de dominacion de los musulmanes, junto con su actual enervamiento, está de todo punto explicado en el Koran. Penetrad en los bosques vírgenes del Africa ó de la Oceania; examinad las leyes, las costumbres y el carácter de las tribus salvajes; ved luego las creencias religiosas que profesan, y notareis una perfecta relacion entre estos y aquellas: la desnudez, la crueldad con los prisioneros, la poligamia, la antropofagia, todo, absolutamente todo está explicado por la religion de las tribus.

La sociedad y la Religion marchan unidas como el alma y el cuerpo del hombre. La separacion de estas dos cosas es la muerte; y asi como el cuerpo humano separado del alma entra en descomposicion y se corrompe, asi la sociedad, separada de la Religion, se descompone y corrompe. El error revolucionario que sostiene la conveniencia de este absurdo divorcio ataca más aún á la existencia de la sociedad que á la de la Religion.

Esta, en la verdad de sus dogmas, vive siempre, lo mismo dentro de la sociedad que fuera de ella. Dios y sus atributos no han menester de la sociedad ni del hombre para ser lo que son. Por más que el hombre los niegue y los ataque, serán eternamente lo mismo, porque su existencia es superior y anterior á todo. Pero la sociedad sin religion muere indefectiblemente, por falta de espíritu que la anime y vivifique. Continuando el símil precedente, podemos decir que asi como el hombre que ataca á su alma hiriendo el cuerpo solo consigue matar el cuerpo dejando ilesa el alma, asi el que ataca á la Religion divorciándola de la

sociedad, solo consigue matar la sociedad dejando ileso la Religion.

La locura, ó la estupidez, ó la perversidad de los hombres es tal, que, en odio á la Religion, disuelven, corrompen ó aniquilan á la sociedad. Creen acabar con el reinado de Dios, y los desdichados acaban con la existencia social. Piensan herir á un enemigo, y esos infelices ciegos no entienden que se hieren á sí mismos, que se suicidan. En efecto, toda sociedad irreligiosa es suicida. Dios sigue inmutable en su excelsitud, siendo dueño absoluto de cielos y tierra; sólo las sociedades y los individuos son las víctimas de sus propios excesos.

Este sér sublime y brutal llamado *hombre* es capaz, en su insensata soberbia, de pronunciar esta frase, tan horrible como ridícula: «Declaro la guerra á Dios!» Lo cual, traducido al lenguaje de la verdad, quiere decir: «Declaro la guerra á mi alma, á mi familia, á mi patria, á la sociedad.» ¿Qué son la sociedad, la patria, la familia, el alma sin Dios? Cadáveres, nada. ¿Qué es Dios sin el alma, sin la familia, sin la patria, sin la sociedad? Dios, como ha sido y será eternamente; el Sér infinito que halla en sí mismo su principio, su fin y su objeto. De modo que las verdades religiosas, en su esencia, nada pierden con que el hombre y la sociedad las ataquen: quien pierde es la sociedad y el hombre.

II.

La influencia de la Religion en la sociedad, y lo imposible que es separar una de otra, se demuestra facilísimamente con sólo ver los frutos que ha dado el

protestantismo en los países donde ha establecido su imperio.

¡Cómo la diversidad de creencias religiosas altera las leyes, las costumbres y hasta el carácter de un país! Y no puede suceder de otro modo. El hombre y la sociedad son dos cosas distintas, pero inseparables. Si se admite que el hombre se modifica con arreglo á la religion que profesa, no hay más remedio que admitir también que la familia y la sociedad se modifican de idéntica manera. La familia es un compuesto de individuos; la sociedad es un compuesto de familias; luego toda alteracion del individuo debe producir necesariamente una alteracion en la sociedad. Y aquí se nos ocurre hacer una advertencia á los que quieren el divorcio de la Iglesia y el Estado.

El Estado, ó sease el gobierno, es la cabeza de la sociedad; pues no pudiendo la sociedad, so pena de suicidio, prescindir de la Religion, como no puede tampoco el individuo, ¿en qué razon se apoyarán los discípulos de Cavour para defender la separacion de las dos potestades? Esta separacion es lógicamente insostenible, si no se acepta el ateismo ó la indiferencia religiosa del individuo. Porque admitiendo que el individuo ha menester de una religion, hay que convenir forzosamente en que la sociedad, y por consiguiente el gobierno, han menester de la misma religion que el individuo. Continuemos.

La sociedad es influida por la Religion; luego la verdadera religion ha de influir provechosamente en la sociedad, y las falsas religiones han de influir nocivamente. Sin duda alguna. Prueba de ello,

como hemos dicho, es el influjo desastroso que ha ejercido en las costumbres la doctrina protestante.

No hace mucho tiempo se publicaron en un periódico español, tomándolos de otro inglés, datos horribles acerca del estado moral é intelectual de las clases obreras de Inglaterra, y de los crímenes que se cometían en las familias como cosa corriente y admitida. Obrero había para quien el nombre de Dios era cosa completamente nueva, hasta que el inspector de instrucción le preguntó por Él. La mayor parte de aquellos infelices seres, que componen muchos miles de almas inmortales, no conocen más moral que la que se desprende de la varilla del *pollicemen* ó agente de policía. Lo que éste prohíbe, aquello es ilícito; todo lo demás es lícito. Así se nota que la embriaguez, el incesto y el infanticidio antenatal son vicios y crímenes comunes, contra los cuales sólo oponen las sectas protestantes los fríos caracteres de una Biblia que los obreros ni leen ni entienden, y el horrible principio del libre-exámen, en virtud del cual no hay extravío ni crimen que no pueda justificarse.

¡Ved si hay diferencia entre el estado actual de las clases pobres de Inglaterra y el que tenían cuando Inglaterra era llamada la *Isla de los Santos*!

Pero donde se vé con más claridad todavía la influencia perniciosa del protestantismo en la familia y en las costumbres del individuo, es en el país ideal de nuestros bárbaros regeneradores, en los Estados-Unidos, allí donde las tradiciones católicas no sirven de valladar á la corrupción, como en Inglaterra. ¡Causa horror leer lo que publicistas ingleses y

americanos escriben acerca de las causas de la disminución que se nota en la población *yankée*! Revelaciones hacen que no pueden estamparse en las columnas de un periódico cristiano. Nosotros insertaremos sólo aquello que sea provechoso y no cause escándalo. «Bien podemos dudar, dice á este propósito un escritor inglés, si aún entre los crimines sociales del mundo pagano existían algunos de los que reinan en ciertas sociedades modernas.»

Y para probarlo cita las siguientes palabras del *New-York Express* del 6 de Febrero de este año: «El infanticidio es el gran crimen de nuestro siglo. A este género de asesinato es al que debemos atribuir la disminución de la población americana en muchos Estados, tales como el de Maine y el de Massachussets. La diferencia que hay entre el número de niños que en el día existen en esos Estados y el que había veinte años ha, es tan enorme, que no nos atrevemos á publicarlo.»

Y sin embargo, lo que publica espanta. Dice que, según el testimonio de médicos distinguidos, hay en Nueva York más de sesenta vampiros femeninos que ganan su vida matando las criaturas que sus madres les llevan. Algunas de estas madres son jóvenes pertenecientes á las clases más altas de la sociedad, que no han cumplido todavía sus diez y seis años. «Nosotros los americanos naturales del país, dice el *New-York Daily Times* del 7 de Febrero, nos vamos acabando... Mucho ha menguado en los últimos diez años el número de casamientos, á la vez que el infanticidio ha progresado de una manera horrorosa.

El crimen está de moda. Lo está en las principales familias. Públicamente se anuncia la venta de drogas y de otros medios para facilitar este asesinato. El Dr. Stove y otros médicos de Massachusetts aseguran, que el aumento de población en aquel Estado se debe exclusivamente á los habitantes extranjeros.

De un informe que al gobierno del Estado de Maine ha enviado Mr. Warren Johnson, resulta que allí hay 16,683 niños ménos que hace diez años; y añade tales consideraciones sobre este hecho, que la pluma se resiste á transcribirlas. ¡Y téngase en cuenta que aquel Estado es la cuna del puritanismo americano! Con razon dice *Le Monde*, aludiendo á semejantes horrores, que esa nacion tan jóven y tan orgullosa ha aprendido ya á practicar los últimos excesos de la vejez. ¿Y quién sino el corruptor protestantismo le ha enseñado esas infamias propias de los pueblos decadentes y enervados?

La *Gaceta de Boston*, periódico protestante, hablando sobre el mismo asunto escribia lo siguiente: «Este crimen (el infanticidio) ha llegado á tener un desarrollo tan enorme, que no hay lengua humana que lo pueda describir.»

«Acumulemos todos los pecados y horrores de nuestro pais; aumentemos el cúmulo con la esclavitud, con nuestra reciente guerra civil, con todas las borracheras y con la lista interminable de fraudes, robos, asesinatos, asaltos é incendios voluntarios que estan á la orden del dia; pues bien, todo este enorme circulo de males no equivale á la horrible é inhumana maldad de que es reo en este punto (el infanticidio) el pueblo americano. Toda nuestra vida social se

está consumiéndose bajo el imperio de tan espantosa criminalidad.» Añade luego que todas las clases se han hecho culpables de esta infamia, y dice en seguida: «Muchas veces tememos que nuestras iglesias protestantes estén condenadas sin esperanza ni posibilidad de redención, á causa de una impiedad tan horrible.»

Así se explican periódicos sectarios tan importantes como la *Gaceta de Boston*. Pero otras autoridades más respetables vienen en su apoyo: oigamos al Dr. Clevelan Coxe, obispo protestante americano, que vivió algun tiempo en Inglaterra, y muy célebre, como autor de las *Baladas Cristianas* (*Christians Ballads*). Escribe en una pastoral cuadragesimal lo siguiente: «Ya ántes de ahora he prevenido á mi rebaño contra el sagrimento crimen del infanticidio antenatal. Si álguien ha abrigado duda acerca de la oportunidad de mis exhortaciones, ahora se habrán desvanecido ante el hecho de que el mundo empieza á horrorizarse de los resultados prácticos de los sacrificios al dios Moloch, que están contaminando nuestro pais.»

Finalmente, la antedicha *Gaceta de Boston*, en números posteriores, se expresa de esta manera: «En este asunto que, verdaderamente, (como todos los que se rozan con el matrimonio, la maternidad y la conservacion de la familia), es de los que más interesan al género humano, «el estado moral y la influencia de la Iglesia católica son muy superiores á los de cualquiera otra secta religiosa del pais.» Faltar en esto es faltar en todo. La que en esto nos salve, será y merecerá ser dueña del campo. Sin esto nuestras virtudes doctrinales y nues-

tras mejores devociones no son más que imposturas rematadas, y el creer en ellas es la mayor de las herejías. Si el protestantismo no puede auxiliarnos en este particular, entónces los días del protestantismo están contados, y cuanto ántes se le entierre, tanto mejor.»

III.

Vése, pues, según las autoridades citadas, que los mismos protestantes, deseosos de mejorar las costumbres públicas, y sobre todo de conservar la moral en el seno de la familia, reconocen, si no la influencia perniciosa que en este punto ha ejercido el protestantismo, al ménos su ineficacia para oponerse al torrente de corrupcion que amenaza disolver una sociedad jóven como la de los Estados Unidos.

Pero las religiones no son indiferentes: ó aprovechan ó perjudican, ó salvan ó condenan. Si se conviene en que el protestantismo es ineficaz para contener el desarrollo de los vicios y de las malas pasiones, fuerza es convenir en que el protestantismo favorece ese desarrollo, y es, por consiguiente, desmoralizador.

¡Quién lo duda! El protestantismo desmoraliza y corrompe, porque no aprecia en nada la bondad ó malicia de las obras. Recordemos los artículos en que convinieron los Arzobispos y Obispos protestantes de Inglaterra en el Sínodo celebrado en Lóndres el año de 1562, «para evitar la diversidad de opiniones y robustecer el comun acuerdo sobre la religion verdadera.» El art. 9.º dice: «No hay condenacion alguna para los que creen y son bautizados,» En el

11 se lee: «Somos reputados justos delante de Dios... por la fé, y no por nuestras obras ó merecimientos; la cual justificacion por la fé sola es doctrina muy saludable y muy llena de consuelo.»

Los resultados de esta fatal doctrina dicen cuán saludable es para el individuo, para la familia y para la sociedad. ¡De consuelo sí, de consuelo puede servir para todos los malvados y bribones, que estan seguros de no ser condenados eternamente con tal de que tengan fé! Y no es maravilla que así lo crean, cuando el fundador de la secta, Lutero, les dió grandes y repetidos ejemplos de que se puede ser libertino y perverso sin caer en desagrado de Dios, del Dios de Lutero.

Que tales máximas han de producir forzosamente el desquiciamiento de la familia, es cosa que *á priori* se entiende, y que *á posteriori* se demuestra. Apenas fué invadida Inglaterra de la peste protestante, comenzáronse á sentir sus efectos en las costumbres. ¿Qué más? El mismo Enrique VIII, fundador del anglicanismo, se quejaba ya de su perniciosa influencia en la moralidad del pueblo inglés.

Un año ántes de su muerte pronunció en el Parlamento un discurso en que se leen las siguientes palabras: «Seguro estoy de que jamas estuvo la caridad tan fría entre vosotros, y la virtud y la moral ten relajadas, ni Dios ménos alabado, honrado y servido entre cristianos. ¡Y estaba el protestantismo en su infancia, como quien dice! Para saber cómo fué aumentando la corrupcion en las épocas siguientes, puede verse lo que acerca de esto dijeron y escribie-

ron el obispo protestante Burnet, Ridley, Strype, Camden y otros mil que trazan cuadros espantosos de las costumbres de esos tiempos.

Por el árbol se conoce el fruto, y por el fruto se conoce el árbol. Entregado el hombre á sí mismo, pronto llega á ser un pozo inmundo de todas las concupiscencias y maldades. El árbol protestante no puede dar sino frutos de corrupcion, porque hace al hombre dueño absoluto de sí mismo, apaga en su pecho el fuego sagrado de la caridad, y solo le deja una sombra de fé, que de nada sirve, porque se desvanece apenas se pone en contacto con el principio anárquico del libre exámen.

Los frutos del protestantismo en Inglaterra y en la gran república americana dicen tambien qué género de árbol es el plantado por Lutero. Ya lo veis: el protestantismo llega hasta á helar en el corazon humano el sentimiento más hondo, más vivo y más natural: el de la maternidad.

No nos extrañemos, por lo tanto, de que todos los hombres pensadores y honrados de aquellos paises vuelvan sus ojos hácia el Catolicismo, como el único remedio para limpiar la sociedad de la tierra que la consume.

La doctrina católica ha probado en el trascurso de diez y nueve siglos que sabe curar todas las llagas y prevenir todos los males. El protestantismo, en solo tres años, ha demostrado, no solo su inutilidad para el bien, sino su gran eficacia para el mal.

Por eso el protestantismo agoniza; por eso el Catolicismo se levanta robusto

y poderoso en el seno de paises que hasta hoy le habian rechazado.

CRÓNICA RELIGIOSA.

Roma 18 de Octubre.

¡Qué espectáculo tan magnífico el que tuvimos la dicha de presenciar ayer los peregrinos españoles! ¡Qué contestacion tan elocuente á los que aseguran que las manifestaciones de la fé católica no son propias de estos tiempos!

Cerca de dos mil personas de ambos sexos, la mayor parte catalanes, postrándose á los piés del Sumo Pontífice, han dado solemne testimonio de que en España, la nacion católica por excelencia, aún alienta vigorosa la fé de nuestros mayores, que hizo grande y respetada á la patria de San Fernando, Carlos V y Felipe II.

A las ocho de la mañana oimos Misa en la Basílica Vaticana, que celebró en el altar de la Cátedra de San Pedro el cardenal Borromeo, arcipreste de dicha Basílica, quien administró el sacramento de la Eucaristía á todos los presentes. Terminada la Misa, el señor obispo de Urgel pronunció un notabilísimo sermon, en que, despues de un entusiasta elogio de Leon XIII, insistió muy particularmente en la necesidad de responder con buenas obras y actos de caridad á las calumnias é injurias de los enemigos de la Religion.

E inmediatamente visitamos la tumba del Principe de los Apóstoles, y fuimos procesionalmente al sepulcro de Pio IX

antando el *Miserere*, y allí postrados entonamos el *De profundis*.

A las once entramos en el palacio apostólico del Vaticano por la puerta de bronce, y fuimos á la sala Ducal en medio de la cual se alzaba el trono pontificio.

La concurrencia era tal, que algunos peregrinos no pudieron penetrar, y se vieron obligados á permanecer en la sala contigua. A las doce y media Su Santidad entró en la sala donde fué recibido con entusiastas vivas.

Segun la lista que he podido proporcionarme, acompañaban al Sumo Pontífice las personas siguientes: Cardenales Di Pietro, Sacconi, Bilio, Hohenlohe, Bonaparte, Ferrieri, Borromeo, Mónaco Lavaletta, Martinelli, Ledochowski, Simeoni, Bartolini, Franzelin, Caterini, Consolini, Randi, De Falloux de Courdray, Pitra, Patriarca de Venecia, príncipe Ruspoli, arzobispo de Corfú, obispos españoles de Plasencia, Urgel, reverendo P. Martin, vicario general de Trinitarios de la Orden primitiva de España, obispos franceses de Chalons y Vannes; obispo de Portland (Estados Unidos); obispos italianos de Asis, Belluno, Lecce y Cassano; el vicario apostólico de Suecia; los prefectos apostólicos de Dinamarca y de Schleswig-Holsstein, y otros varios.

Sentado Leon XIII en el trono, el obispo de Huesca, cabeza de la peregrinacion catalana, se acercó á las gradas y leyó un elocuente y caluroso mensaje en lengua castellana.

El señor obispo de Huesca hizo presente la firme y devota adhesion de la España á la Sede Apostólica, y el dolor de nuestra católica patria por el triste esta-

do á que ha reducido la Revolucion á la Iglesia y á sus Pastores, deplorando la inexplicable ceguedad de los gobiernos que, dejando abandonada la Santa Sede en medio de tantas tribulaciones, y dando apoyo á la guerra escandalosa que se hace á la Religion, contribuyen á destruir las bases de todos los tronos, y á lanzar en un abismo de males á la sociedad civil.

Dijo que no por esto disminuian la fidelidad de los católicos ni sus esperanzas, y que estas peregrinaciones eran testimonio de la fuerza del movimiento católico en España y en el extranjero.

Terminada la lectura del Mensaje, Su Santidad se puso en pié y pronunció un admirable discurso, que llenó de esperanza el corazon de todos los presentes, conmovió al auditorio é hizo derramar lágrimas á todos los circunstantes.

Nada puede dar idea del efecto que producian las palabras al salir de los labios del santo y sábio Pontífice.

Todos caímos de rodillas al verle extender la mano para darnos la bendicion apostólica; despues, volviéndose á sentar en el Trono, recibió Su Santidad el homenaje de los delegados de los Obispos de varias diócesis de España, Barcelona, Almeria, Menorca, Vich, Seo de Urgel, Sevilla etc.; y mensajes de cabildos catedrales, de asociaciones religiosas, de la Juventud Católica de Barcelona y de la nobleza española, á la que representaban especialmente el duque de Solferino, el conde de Centellas y otras personas.

El señor obispo de Huesca y los demás delegados y representantes pusieron á los piés de Su Santidad, en concepto de donativos para el Dinero de San Pedro

algunas sumas, encerradas en elegantes cofrecillos.

La comision tuvo despues la honra de besar el pié de Su Santidad, mientras los peregrinos entonaban un himno alusivo al acto.

No cabe figurarse las muestras de filial cariño que todos los peregrinos daban al Sumo Pontifice, agolpándose para besarle la mano, para tocar sus vestiduras, dirigiéndole tiernas palabras de veneracion y respetuoso cariño en las dos veces que Su Santidad atravesò la sala para hablar y bendecir en particular à cada uno de los peregrinos.

Al retirarse Su Santidad volvieron à resonar aclamaciones y entusiastas vivas y poco à poco fuimos saliendo del Vaticano, presurosos de alejarnos de aquel recinto donde tan puras y gratas emociones habia experimentado nuestro corazon.

Para terminar esta carta, diré à usted que se esperan dos peregrinaciones muy numerosas, una de Francia y otra de Suiza.—B.

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En la Colegial, à las ocho y en Santa María à las nueve, misa de renovacion.

Por la tarde, en la Colegial, continúa el novenario de S. Rafael, predicando D. Vicente Morell, Pbro.—Los demás dias de la novena serán oradores los señores D. Mariano Angelo Borja, canó-

nigo.—D. Francisco J. de Guimbeau, Vicario.—D. Tomas Domenech, vicario.—D. Rafael Amat capellan de las casas de Beneficencia y D. Antonio Ibañez, canónigo.

Domingo.—En la Colegial, à las nueve, misa conventual.

Martes.—En las Agustinas, à las siete, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

Jueves.—En las Capuchinas, à las seis, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

Viernes.—*La fiesta de Todos los Santos.*—En la Colegial, à las nueve y media, misa conventual con sermon. En las demás iglesias los oficios de costumbre. Por la tarde à las tres y media será el oficio de difuntos en la Colegial y Santa Maria.

Se gana indulgencia plenaria confesando y comulgando, visitando la iglesia parroquial desde la tarde de este dia hasta la puesta del sol del dia siguiente.

En Santa María dará principio el solemne y piadoso novenario en sufragio de las benditas Ánimas del Purgatorio, à las cuatro y media de la tarde, terminadas las solemes *vísperas de difuntos* que serán cantadas en la indicada Iglesia, continuando en los dias siguientes à la misma hora.

Despues de rezado el Santísimo Rosario, se leerá un punto de meditacion, seguirá la santa novena y terminada ésta será cantado un solemne responso ante el túmulo que se levantará en el centro del templo.